

Avivando el deseo...

Seguimos tratando de «entrar» en los ejercicios, dar el paso de «ponernos a tiro», querer adentrarnos en los caminos que Dios nos tiene preparados para estos días.

Se trata, sobre todo, de ir *avivando el deseo*, el deseo de Dios, el *deseo de más*. De vivir estos días con miras altas, como dice san Ignacio, «con ánimo y liberalidad», sin estrecheces, con ganas. Hace falta un acto de incondicionalidad. Sin esa actitud de ofrecerse del todo a Dios, los ejercicios no salen. Y hay que apostar alto.

Ir a lo esencial

Los curas a veces llevamos un ritmo que no es sano. Andamos tan dispersos, siempre tan corriendo. Nos pasa como a Jesús, que *eran tantos los que iban y venían, que no tenían tiempo ni para comer* (menos mal que nos parecemos a él en algo...). Nos hace falta entender qué significa *ir a lo esencial, qué es lo fundamental*, para no preocuparnos en vano por cosas que no lo merecen. De lo contrario nos viene el agobio. Con frecuencia nos quejamos del agobio que nos viene por tantas cosas que hacer. Y casi siempre es real la sobrecarga. Pero debe de haber algo más: también a Jesús se le ve siempre con gente que lo reclama, pero no se le percibe *agobiado*, controla el tiempo, tiene un momento para cada uno... San Pablo nos recordaba en ese precioso texto de Filipenses: «No os agobiéis por nada».

Podemos volver a la escena de Jesús con **Marta y María** (Lc 10, 38-42), un texto que nos interpela siempre: Jesús no enfrenta acción a contemplación, sino dispersión a unidad de vida. Una vida desordenada que nos tiene siempre nerviosos, exigentes, midiéndonos con nuestro propio metro y con el de los demás, como Marta con su hermana.

Jesús le recuerda que *solo una cosa es necesaria, solo Alguien es necesario*. La fuente del orden, de la unidad de la propia vida, no residirá en organizar mejor nuestras tareas, ni siquiera en dedicar más tiempo a la oración, aunque las dos cosas sean fundamentales. *La fuente del orden es Jesús. Jesús en el centro de la vida*. Jesús como un imán que, al acercarnos a él, va colocando con naturalidad cada cosa, cada actividad, cada afecto en su sitio. Y nos va modelando como él.

«Lo importante es ser una criatura nueva» (Gál 6,15)

En la carta a los Gálatas, Pablo viene discutiendo largamente sobre si hay que mantener normas del antiguo judaísmo. Como conclusión, cansado del asunto, zanja la cuestión y aparece esta frase como un trueno: «Nada importa estar o no circuncidado; lo que cuenta es ser una criatura nueva [...]. En adelante, que nadie me moleste, que yo llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús».

Ser una criatura nueva. ¡Pues más difícil...! Si ya cuesta trabajo «convertirse un poco», parece que Pablo pone el listón bien alto. Y repite la idea en otras ocasiones: «el que es de Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ya pasó» (2 Cor 5, 7).

Convertirnos no consiste en «ser algo mejores», corregir nuestros defectos; la conversión no es un esfuerzo moral, algo que tenemos que hacer nosotros. Como decíamos de la oración, la conversión es, sobre todo, algo que hace Dios en nosotros, algo que le toca hacer a él, que para eso es Dios. A Nicodemo le costó entenderlo cuando Jesús le dijo que tenía que «nacer de nuevo» (cf Jn 3, 1-12), pensando de nuevo que era algo que *tenía que hacer él*: *¿qué hago, me mecto de nuevo en el vientre de mi madre?* Visto así, nacer de nuevo es imposible. Pero es que nadie «nace» por esfuerzo suyo, por propia voluntad, «nos nacen» —repetía el bueno de don Antonio Dorado—, la vida nos la dan. También la vida nueva. Es ese «nacer del Espíritu» del que habla Jesús al viejo maestro de la ley. Él es el protagonista.

«Llevo las marcas de Jesús» (Gál 6, 17)

Ese «cambio de perspectiva» es lo que nos cuesta más. Pero es el más importante. Todo esfuerzo que no esté animado por el Espíritu del Señor es vano.

Pablo ha hecho suya la vida de Jesús. O, mejor, Jesús ha invadido la vida de Pablo: «para mí la vida es Cristo» (Fil 1,21), «no soy yo: es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20), «llevo en mi carne las marcas de Jesús», «todo lo que hagáis o digáis, hacedlo en nombre del Señor Jesús» (Col 3, 17), «tened los mismos sentimientos que Cristo Jesús» (Flp 2, 5). Jesús, Jesús. En esta época de la imagen, en que todo se valora por su marca —la ropa, el coche, el móvil...— también nosotros pedimos estar sellados por las marcas de Jesús.

Jesús también refleja en su cuerpo su estilo de vida, su anuncio y su persona: no tiene dónde reclinar la cabeza, camina de un lado a otro, no tiene tiempo para comer, llora, toca a los enfermos... y finalmente su cuerpo queda hecho un guiñapo colgado de un madero. Las marcas son otras: Jesús muestra a sus amigos las marcas de la cruz después de la resurrección.

De la misma manera, en el seguimiento al discípulo se le van grabando en el rostro, en las manos, en los pies, en la espalda, en todo el cuerpo, las marcas de Jesús.

Para nosotros, sacerdotes, es la configuración con Cristo que se nos concede por el sacramento del orden, pero que tenemos que renovar cada día para *parecernos* a Jesús: «en virtud de su consagración, los presbíteros están configurados con Jesús, Buen Pastor, y llamados a imitar y revivir su misma caridad pastoral» (PDV 22).